

concilio un panegírico de María con una elocuencia que nadie ha sobrepujado todavía, y fué el intérprete de la indignación pública. Los doscientos obispos y los legados del Papa que se hallaban presentes aplaudieron entusiasmados; y el pueblo, que esperaba impaciente fuera del concilio, al salir los obispos les llevó en triunfo. Por la noche se iluminaron las casas de la ciudad como en los días de victoria, y el sagrado nombre de María corría de boca en boca. Este fué el punto de partida del desarrollo colosal que obtuvo el culto de María, del que somos hoy y seremos cada vez más los orgullosos continuadores.—
ASÍ SEA.

PRESENTACION DE MARIA EN EL TEMPLO

DÍA CINCO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum, et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.

Psal., XLIV, 11.

Quam pulchri sunt gressus tui, filia principis!

Cant., V, 1.

Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.

Psal., CXXI, 1.

Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.

Hebr., X, 9.

Holocantomata non tibi placuerunt, tunc dixi: Ecce venio.

Ibid., X, 6-7.

En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.

Cant., II, 10.

Veni, columba mea, in foraminibus petrae in caverna maceriae; ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis, et facies de ora.

Ibid., 14.

Veni in hortum meum, soror mea, sponsa; messui myrrhum aromatisibus meis.

Ibid., V, 1.

Indica mihi quem diligit anima mea, ubi pascas.

Ibid., I, 6.

Quis mihi det te ut inveniam te? apprehendam te et me docebis.

Ibid., VIII, 1.

Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum.

Ibid., I, 3.

Circuibam quaerens sapientiam, ut mihi illam assumerem; et adii Dominum.

Sap., VIII, 18.

Ecce sto ad ostium et pulso; si quis aperuerit mihi intrabo ad illum.

Apoc., III, 20.

Donec aspiet dies et inclinetur umbrae, vadam ad montem myrrhae et ad collem thuris.

Cant., IV, 6.

Quod reliqueris parentes tuos, reddat tibi Dominus pro opere tuo: et plenam mercedem accipias a Domino Deo tuo ad quem venisti et sub cuius confugisti alas.

Ruth., II, 11-12.

Notas mihi fecisti vias vitae, adimplebis me laetitia cum vultu tuo, delectationes in dextera tua usque ad finem.

Psal., XV, 11.

Quaesivi sapientiam palam in oratione mea; ante templum postulabam pro illa.

Eccle., LI, 18-19.

A juventute mea investigabam eam; inclinavi modice aurem meam, et excepi illam.

Ibid., 20-21.

Custodi pedem tuum ingrediens domum Dei et appropinqua ut audias.

Ibid., IV, 17.

Unam petii a Domino, hanc requiram; ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitae meae.

Psal., XXVI, 4.

Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis.

Ibid., CV, 17.

Circundabo altare tuum, Domine, ut audiam vocem laudis, et enarrem universa mirabilia tua.

Psal., XXV, 6 y 7.

Deus Patrum nostrorum det tibi gratiam, et omne consilium tui cordis sua virtute corroboret; ut gloriatur super te Jerusalem, et nomen tuum in numero sanctorum et justorum.

Judith, X, 8.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Hija, oye y ve..... María oyó y vió, creyó y comprendió. Prestó atento oído, pronta á obedecer y dispuesta á ejecutar las órdenes que se le dieran. Olvidó su pueblo y la casa de su padre, porque no trató de aumentar su pueblo por medio de una larga serie de descendientes, ni de dejar herederos en la casa de su padre. (*Bernard. hom. 2. de Laud. Virg. Mar.*)

II. Oh Virgen prudente ¿quién os ha enseñado á agradecer á Dios, al abrazar la virginidad? (*Ibid.*)

III. Ana concibió y dió á luz una niña, y según la recomendación del ángel, sus padres le dieron el nombre de María. A los tres años, cuando estuvo perfectamente criada, sus padres la llevaron al templo, provistos de ricas ofrendas. Como el templo estaba construido sobre un lugar elevado, para ir á él debían subirse quince gradas; esto era inevitable, pues no era posible de otro modo llegar al altar de los holocaustos. (*Jeron. Serm. de Nativit. B. M. V.*)

IV. Al llegar Joaquín y Ana dejaron á su hija en la primera grada. Mientras ellos cambiaban sus ropas para presentarse según era costumbre con el traje más conveniente, la joven virgen subió sola todas las gradas que conducían al altar de los holocaustos, de modo que puede decirse que en estas circunstancias obró como correspondía á una niña de más edad. (*Id. Ibid.*)

V. El Señor obraba ya en esta niña de una manera extraordinaria, y dejaba entrever con este prodigio lo que debía esperarse de esta criatura privilegiada. Hecho el sacrificio según las prescripciones de la ley, y una vez que la niña pronunció su voto, sus padres la introdujeron al interior del templo y regresaron á su casa. (*Id. Ibid.*)

VI. Zacarías se llenó de regocijo al considerar cuánto le honraba el ser tutor de la que estaba destinada para ser madre de Dios. Joaquín se consideró dichoso por haber contribuido con el sacrificio de su ofrenda al cumplimiento de las profecias, y Ana se estremeció de alegría por haber consagrado su hija al Señor. Los profetas y todas las almas que aman á Dios manifestaron su gozo ante el altar del Altísimo. Así se efectuó la presentación de la niña, que permaneció en pie modestamente junto al altar, entre sus padres que elevaban á Dios sus votos por el bien de su hija y el sacerdote que aceptaba en nombre

del Altísimo el depósito que se le confiara. (*S. Germ. arch. Constant. orat. 2. in Present. B. M. V.*)

VII. Al recibir Zacarías á la niña que se le confiaba, le dirigió estas palabras: «Venid, oh virgen inocente, más elevada que los cielos; venid, vos que en el candor de la infancia dejáis traslucir vuestra futura dignidad de madre de Dios; venid, apresuraos á santificar este templo, pisando los umbrales del tabernáculo; venid á adorar á vuestro Dios junto al altar, oh vos á quien han anunciado innumerables figuras como el altar sin mancha en que descansará el pan de vida. Yo os cedo mi lugar, que soís más digna de ocupar que yo, porque soís la reina del universo.» (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

María se ofrece á Dios desde su más tierna infancia.

María se ofrece á Dios por completo.

María se ofrece á Dios con generosidad.

I. María se ofrece á Dios desde su más tierna infancia.

Acababa de oír María la voz del Señor que la llamaba, cuando arrancándose de los brazos de su familia se dirigió á Jerusalem para refugiarse en el templo. Si las razones humanas hubiesen bastado para detenerla en su determinación, no hubieran faltado ciertamente. Su tierna edad, su debilidad, el amor que á sus padres tenía y el pesar que iba á causarles, así como el nuevo género de vida que debía seguir, eran motivos poderosos para que titubeara..... mas nada la contuvo.

II. María se ofrece á Dios por completo.

María ofreció á Dios cuanto era y cuanto tenía. Dejó el mundo y sus goces para entrar en el retiro y no tener

más placeres que los que proporciona el amor de Dios. Dejó á sus padres y amigos, rompiendo los lazos de la sangre, que tan íntimos son, y los de la amistad, que son tan dulces. Hizo renuncia de su libertad y de su voluntad. Nada quiso conservar.

Al entregarnos á Dios creemos haber hecho mucho abandonando nuestros modales mundanos y haciendo á un lado nuestras amistades y nuestras diversiones. ¡Cuán pocos son, sin embargo, los que entregan á Dios todo su corazón, sobre todo en la juventud!

III. María se ofrece sin buscar recompensa alguna.

Ni la inconstancia ni el cambio de ideas acompañarán á María en lo futuro. Sólo tres años tiene, por lo que ahora es lo que será hasta su muerte. Pasarán los años y los acontecimientos se sucederán los unos á los otros; cosas extraordinarias tendrán lugar en el curso de su vida, pero su corazón no variará jamás.

Grande lección debe ser ésta para nosotros, que tan inconstantes somos en el camino del Señor. ¡Pobre corazón humano! voluble siempre, nunca se fija en una cosa. Hoy con Dios y mañana con el demonio. Pongamos término á tanta alternativa y procuremos imitar á María en su constante amor de Dios.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Los últimos sonidos de las trompetas sacerdotales espiraban bajo la extensión de los pórticos, y el sacrificio ardía aún sobre el altar de bronce, cuando un sacerdote descendió al atrio de las mujeres para terminar la ceremonia. Ana, seguida de Joaquín y llevando á María en sus brazos, se adelantó cubierta la cabeza con el velo hacia el ministro del Altísimo, y si ha de creerse una tradición árabe que el mismo Mahoma ha consignado en el Koran, ella le presentó á la joven sierva del Señor, diciendo con una voz conmovida por el sentimiento religioso y el amor maternal,

estas sencillas palabras: *Yo vengo á ofrecerlos el presente que Dios me ha hecho.*

El sacerdote aceptó en nombre del Dios que derrama la fecundidad en el seno de las madres, el precioso depósito que el reconocimiento le confiaba; bendijo á Joaquín, lo mismo que á su virtuosa consorte, y extendiendo en seguida las manos sobre la asamblea que se inclinaba bajo su bendición pontifical: "¡Oh Israel! exclamó, que el Señor te envíe su luz divina, que te haga prosperar en todo y te conceda la paz!" Un cántico de acción de gracias, acompañado armoniosamente por las arpas sacerdotales, terminó el acto solemne de la presentación de la santa Virgen.

Tal fué la ceremonia que tuvo lugar hacia los últimos días del mes de Noviembre en el santo templo de Sión. Los hombres que se detienen por lo común en la superficie de las cosas, no vieron allí sino una humilde jovencita, admirablemente hermosa y de un maravilloso fervor, que su madre consagraba al Dios que se la había concedido á sus ayunos y á sus lágrimas; mas los ángeles del cielo, que sostenidos por sus alas se mecían sobre el santuario, descubrieron en esta débil y humilde criatura á la Virgen de Isaías, á la prometida esposa de quien Salomón había cantado el místico himeneo, á la Eva celeste que venía á restituir á una raza proscrita la esperanza de una gloriosa inmortalidad. Penetrados de gozo al ver que al fin lucía la aurora del día del Mesías, "se asociaron, dicen los autores antiguos, á esta solemnidad de la tierra; cubriendo á la joven descendiente del Rey David con sus blancas alas, esparciendo para que sirviesen de alfombra á sus pies, las olorosas flores del Paraíso, y celebrando su entrada en el templo con melodiosos conciertos."

¡Quién podrá decir lo que pasó entonces en el alma de María, en esa alma suavemente abierta, como una cándida flor al soplo del Espíritu Santificador; en esa alma en donde todo era paz, pureza, santo amor é inteligencia? ¡Por qué vínculos sagrados se unió á AQUEL que la había preferido á las vírgenes y á las reinas de tantos pueblos? ¡Este es un secreto entre ella y Dios; pero se puede muy bien pensar que nunca oblación alguna había sido más favorablemente acogida, y San Evodio de Antioquia, San Epifanio de Salamina, San Andrés de Creta, y otros muchos padres latinos, están de acuerdo en que la consagración de la Virgen es el acto de religión más agradable y acepto á los ojos de Dios que el hombre haya ofrecido jamás!

Se ignora el nombre del sacerdote que recibió á la santa Virgen en el número de las hijas del Señor: San Germán, patriarca de Constantinopla, y Jorge de Nicomedia, se inclinan á creer que fué el padre de San Juan Bautista; los lazos de parentesco que unían á Zacarías con la familia de Joaquín, el puesto elevado que ocupaba entonces en el sacerdocio, y la tierna afección que tanto á él como á Santa Isabel les conservó María, dan á esta suposición un alto grado de probabilidad.

De cualquier modo que sea, la bienaventurada hija de Joaquín, fué admitida solemnemente, como hemos referido, en el número de las *almas* ó jóvenes vírgenes que crecían y se educaban á la sombra sagrada del altar.

—(Orsini, *La Virgen*),

II. Grande fué la alegría de Zacarías al tener la honra de recibir en el templo del Señor á la augusta Madre de Dios. Grande fué también la de Joaquín, que al poner á su hija en manos del pontífice, confirma los oráculos que le eran tan conocidos. No fué menor la que experimentó la piadosa Ana, que consintió gustosa en que su hija dejara sus brazos maternos para arrojarse amorosa en los brazos de Dios. Los abuelos de la bienaventurada Niña se estremecieron en su tumba al ver que se ponía término á la maldición que sobre ellos pesara; y los profetas exhalaron un grito de alegría al ver realizadas las promesas que ellos mismos anunciaron á la tierra en nombre de Dios. Con este cortejo y rodeada de tanta alegría penetró la bienaventurada Niña en el templo. Radiante, modesta y recogida estaba entre sus padres, que pedían al cielo que derramara sobre ella toda clase de bendiciones, mientras el pontífice se preparaba para bendecirla en el nombre de Dios.

Zacarías, después de haber recibido á la piadosa niña de los brazos de sus padres, le habló de esta manera: Venid á mí, tierna niña, más alevada que los cielos; venid á mí, vos que tan humilde y aparentemente tan pequeña, ocultáis los más profundos misterios de la tierra y del cielo. Acercáos, y al franquear el umbral de este templo, santificad con vuestra presencia esta morada del Altísimo. Al parecer venís aquí para santificarnos, pero ¿qué bendición podréis pedirnos, vos que soís el templo predestinado de Aquel en quien serán benditas todas las generaciones, todos los siglos y todos los pueblos? Venid á prosternaros al pie de este altar y asistid al sacrificio, vos que soís el altar inmaculado y la fuente del sacrificio que debe salvar al mundo. A mí venís como sacrificador y como pontífice, y queréis que sean mis manos las que os presenten á Dios como un holocausto de agradable olor. Venid y ocupad mi lugar, puesto que vos soís un sacrificador y pontífice más elevado que yo.

Largo sería relatar todas las palabras que inspiraba el Espíritu de Dios al santo anciano en presencia de la admirable niña. Cuando cesó de hablar, los padres de la Virgen se retiraron y ella permaneció en el templo consagrada á Dios, y los ángeles la visitaban y humildemente le servían. Así terminó la ceremonia de la Presentación y se cumplió el designio de Dios; y la niña crecía y se formaba y no estaba lejano el día en que debía cesar para siempre la maldición que pesaba sobre todo el género humano. —(San Germán, arzobispo de Constantinopla, sermón 2 sobre la presentación de la bienaventurada Virgen María).

III. Desde el momento en que María cumplió tres años y podía pasarse ya de los solícitos cuidados de su madre, sus padres la llevaron al templo del Señor con muchas ofrendas. Para llegar al templo, que estaba sobre una eminencia, era preciso subir quince gradas. El altar del holocausto estaba en el interior del templo. Antes de subir Joaquín y Ana dejaron á su hija en la primera grada, y cambiaron sus ropas para presentarse en el templo de una manera conveniente. Mientras tanto la santa niña, sin que ninguno la ayudase ni la sostuviera, subió sola las gradas y se dirigió al templo con la misma facilidad que si hubiese sido de edad más avanzada. Es evidente que el Señor comenzaba ya á obrar de una manera ex-

traordinaria en una joven tan tierna y manifestaba lo que más tarde debía esperarse de una niña á la que colmaba de favores desde una edad tan temprana. Habiendo terminado el sacrificio según era costumbre y cumplido el voto, Joaquín y Ana dejaron á la piadosa María en el templo para que se educara con las demás vírgenes, y se volvieron á su casa. —(S. Jeron., sermón sobre la Natividad de María).

IV. Ana condujo á su hija al templo y allí la dejó. La niña, que apenas acababa de destetarse, no se quejó ni un momento siquiera, sin embargo de lo que cuesta á los niños de esa edad separarse de la mejor de las madres. María supo resignarse á separarse de la suya, y se conformó con levantar los ojos al Señor, que la destinaba también para ser madre. Tampoco derramó Ana ni una sola lágrima al separarse de su hija, porque era más fuerte en ella la gracia que la ternura maternal, y conocía también que su corazón se quedaba con el corazón de su hija. Así como la vida extiende las ramas que chupan la savia y la vida de la raíz, esta mujer admirable, al permanecer en la ciudad parecía extender una de sus ramas hasta el templo para ostentar en él un racimo precioso y maduro. No flaqueó un momento ni vaciló un instante para dejar á su hija en el templo, y sin embargo, era muy grande y profundo el amor que con su hija la unía.

Penetró en el templo y dejó á su hija como un cordero en medio del baño; colocó esa rosa sin espinas en el jardín de la Soledad, rosa que jamás debía ajarse y florecía siempre, rosa que todos los días abría su cáliz hacia el cielo para perfumar con su aroma á las almas de la tierra. Algunos años pasaron ya desde que se encerró la rosa en el jardín del templo; los aromas que esparce son todos los días más fuertes, y ni los siglos los aniquilan ni el tiempo pudo ajar su tersa corola. Tal es la naturaleza de las cosas espirituales.

Esta rosa debía crecer en el templo en belleza y perfumes, porque Ana la trasplantó allí como un agricultor experto. El que se propone ver el desarrollo de un árbol, comienza por abonar la tierra y preparar la semilla; y cuando advierte que germinó la planta y comienza á crecer, la trasplanta, la coloca en un terreno más bien preparado y allí se desarrolla con extraordinario vigor. Lo mismo hizo santa Ana. Tomó á la niña predestinada que por algún tiempo depositó el Señor en sus entrañas y dejó al cuidado de sus manos maternas y la trasportó luego al templo donde circulan sin interrupción las aguas frescas de la gracia y donde se derrama el rocío del cielo, de modo que á María se aplican estas palabras proféticas de David: «Será rica de frescura y hermosa como una planta que crece en la corriente de las aguas y que dará sus frutos llegado el tiempo.» —(San Juan Crisóstomo, De fide Anne matris Samuel, sermón 3).

ARTÍCULO V

PLATICA V

EL CULTO DE MARÍA FUNDADO EN LOS MILAGROS

Gracias os doy desde el fondo de mi corazón, hermanos míos, por la atención con que habéis oído nuestras anteriores instrucciones, y por el interés que habéis manifestado en todo cuanto acerca de la Santísima Virgen os he expuesto. Interés y atención que me han infundido aliento para continuar mi tarea y hablar sencillamente, con el fin de que todos podáis entenderme sin esfuerzo.

Las grandes pruebas que os hemos presentado en favor del culto de María destruyen ciertamente las objeciones pueriles y maliciosas que hacen los que carecen de ciencia y buena fe. Mas no podemos prescindir de daros otras muchas, y sobre todo la *más fácil* de comprender y la *más concluyente* de todas, porque así lo requiere el grande interés de nuestro asunto. He dicho que os daré la prueba *más fácil* de comprender y la *más concluyente* de todas. Cuando Dios repartió entre los hombres la inteligencia, no repartió sus donativos de un modo igual. Algunos de los fieles que han seguido uno por uno todos los discursos que durante el año hemos pronunciado desde esta cátedra sagrada, nos han comprendido; pero otros no, tal vez porque nuestras demostraciones eran harto profundas. Muchos no han leído ni la Biblia, ni las cuestiones teológicas, ni siquiera algo de historia sagrada, y les hemos hablado con sobrada ciencia. Como vivimos en tiempos de desconfianza, tal vez no se han dejado persuadir por nuestras palabras, por lo mismo que no han podido hacer consultas que de sus dudas les sacaran. No

creo que suceda esto con lo que digamos ahora, porque todo ello estará al alcance de las inteligencias más limitadas, y no hay quien pueda destruir su fuerza. Me refiero á los milagros. Ya sabéis lo que son los milagros, y tal vez habéis sido testigos de más de uno. Es necesario no confundirlos con los efectos de la fantasmagoría. Los milagros son ciertos actos del poder de Dios, que al sujetar al universo á ciertas leyes físicas, se reservó la facultad de modificarlas cuando fuera su voluntad para demostrar que Él gobierna el mundo, y que si algunas veces se deja insultar impunemente, es porque así le place. La historia nos ofrece de ello muchas pruebas. Llega un momento en que los hombres todos le abandonan y entonces descarga sobre ellos todas las cataratas del cielo y todos perecen excepto Noé, gracias á uno de esos milagros que multiplicó siempre el Señor en favor del pueblo judío y continúa entre los cristianos desde la resurrección triunfante de Jesucristo hasta nuestros días. Nunca se obran los milagros sin motivo. Si los hacen los hombres, es porque Dios quiere que sean nuestros oráculos; de este modo nos garantiza las palabras que nos anuncia por conducto de ellos. Al presentarse Moisés ante el trono del Faraon de Egipto, le dijo: Dios te ordena que me dejes llevar al pueblo cautivo. No quiso creer el Faraon la misión de que estaba encargado Moisés; obró éste unos milagros, y el incrédulo rey se vió obligado á reconocer al servidor del Señor á quien de tal manera había delegado sus facultades. También hicieron milagros los apóstoles. Así debía ser, pues de otro modo no les hubieran creído los paganos. Supongamos, hermanos míos, que las palabras de los apóstoles no fuesen las palabras del mismo Dios; y supongamos también que la religión que predicaban no es la verdadera. ¿Sería posible que hicieran milagros si no se apoyaran más que en su doctrina? No, hermanos míos, sería absurdo creerlo así; sería creer que

Dios se hace cómplice de la mentira y de la superchería. Si vemos por lo tanto que se hacen milagros en favor de una causa, bien podemos decir que semejante causa, no sólo merece la aprobación de Dios, sino que Dios la protege. Después de esto, permitidme que os pregunte si habéis visto algún dogma, alguna práctica de la religión cristiana que, como el culto de María, cuente en favor suyo con tantos milagros. Si vuestras ocupaciones os permitieran visitar las librerías públicas, os diría: Id y ojead los anales del pasado, ved lo que dicen los cronistas de otros tiempos, los historiadores de las parroquias y de los monasterios, y en todas partes se os hablará de los milagros obtenidos por intercesión de María. Prefiero sin embargo apelár á vuestros propios recuerdos y al testimonio de vuestros propios ojos. ¿Hay alguno entre vosotros que no haya visitado alguna vez un templo dedicado á la Santísima Virgen, y oído relatar la historia de su construcción? En todos se halla ó la aprobación de María ó el descubrimiento de una imagen milagrosa que fué causa de la construcción del templo. Alrededor del altar habréis visto cuadros más ó menos artísticos, con inscripciones que manifiestan la gratitud de una madre cuyo hijo sanó la Virgen, de una esposa á quien sanó el esposo, de un hijo á quien devolvió su desahuciada madre. En las paredes están colgadas muletas, que no tienen ya objeto, y distintas señales que indican la clase de favores obtenidos por la intercesión de la Virgen. Más de una vez he visto condecoraciones militares pendientes de las paredes de Nuestra Señora de Lourdes. Todo esto habla más alto que las palabras y nos dice que aquel es el lugar santo de los milagros. Sin ir tan lejos, os bastará con meditar sobre vuestra pasada vida y juzgar con vuestra propia experiencia. Decidme sino si en las horas de angustia y pesar, no os dirigís con precipitado paso al altar en que está la Virgen y le decís con el corazón compungido:

¡Oh Madre mía, acuérdate de mí! ¿Sabéis por qué obráis de esta manera? Porque más de una vez habéis recibido ya uno de esos favores que parecen milagros y esperáis que se repita. ¿No es verdad, hermanos míos, que más de una vez habéis regresado á vuestro hogar llenos de alegría y consuelo, parecidos á la mujer de la Biblia que acababa de obtener la curación de su hija? Oh, sí, María es la madre de los milagros y la que se complace en manifestar de un modo tan glorioso su poderosa intercesión, y no obraría de este modo si vuestra piedad filial no fuera de todo su agrado. Corramos sin temor en busca de María, que nos abre el camino que nos lleva á Jesús.—
ASÍ SEA.